

REVISTA

Gaumont

L. Gaumont Barcelona

Dirección telegráfica y telefónica:

CRONO



PASEO DE GRACIA, 66

Teléfono, 2991

Sucursales

MADRID, Fúcar, 22, pral.

BILBAO, Colón de Larreátegui, 15 y 17.

Una escena de la magnífica película dramática



LOS OJOS ABIERTOS



El Aparecido



Reducción del cartel en color

Variedad del Programa Gaumont n.º II D.

Cinematografía en color Gaumont

N.º 4185

PANORÁMICA

Ríos y cascadas de la baja Normandía

Largo 59'50 m., Color 56, m.-Palabra telegráfica: «BANORMAND»

N.º 4186

DRAMÁTICA

CARTEL 1'10" X 1'50"

LOS OJOS ABIERTOS

Largo: 839 m.-Color 276.-Palabra telegráfica: «LAIZIEU»

Palabra telegráfica	N.º de la película	TÍTULO Y ASUNTO	Metrage total	Metrage en virajes	Cartel ó Ampliación	Pag.
		Comedia				
Migrir	4172	Manolo quiere enflaquecer.	291	251	Ampliación.	13
		Comedia				
Bouton	4190	Un buen partido	315	272		17
		Cómica				
Vacance	4160	Bebé de Vacaciones.	186	164		20
		Panorámica				
Salsbour	4065	Los Lagos de Salzburgo	84	78		22
		Documentaria				
Moulage	4188	Construcción de una casa de hormigón.	75			23
		ACTUALIDADES				
		Gaumont Actualidades N.º 11				
		Cuarto Año				

NOTA.—El metraje indicado para cada película es aproximado.

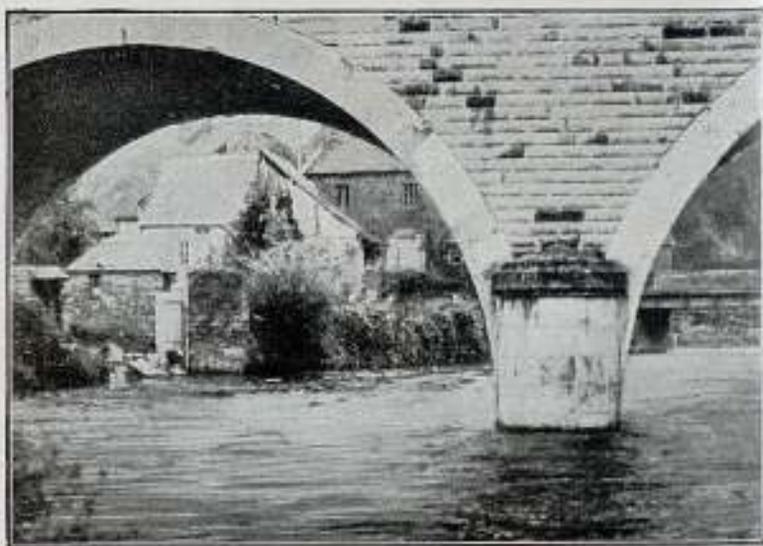
❁ PROGRAMA 11^D ❁

Cinematografía en color

Gaumont

PANORÁMICA

Ríos y cascadas
de la baja Normandía



La Normandía, provincia del Noroeste de Francia es visitada todos los años por numerosos turistas que admiran en ella, extasiados, sus valles fecundos y frondosos, sus collados verdeantes, y sus ríos y riachuelos de límpidas aguas y curso caprichoso.

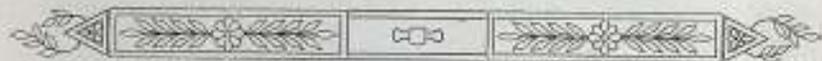
L. Gaumont

El paisaje se renueva a cada instante, y no obstante que la región es poco quebrada, maravillase uno de hallar en ella tanta variedad y belleza.

En una sucesión de hermosas películas hemos ofrecido ya al público algunos aspectos característicos de esta admirable comarca. La última de la serie presenta un interés particular: hacemos visitar un pintoresco rincón en donde la abundancia de rocas desnudas, el número de sus cascadas, y lo pintoresco de sus riachuelos parecen esclavarlo en la misma Suiza.

Algunos sitios escogidos por los habitantes para construir en ellos deliciosos caseríos, son de una poesía exquisita y suave.

Esta primorosa película, formada por clichés nítidos e irreprochables desde el punto de vista fotográfico, y realizada por una feliz disposición de tonos y colores, ha de hallar en el público amante de lo bello entusiasta acogida.



Cinematografía en color Gaumont

Los ojos abiertos

Dramática

Ubertino, Tirano de Padua, daba en los magníficos salones de su palacio un lucido Baile de Máscaras.

En el torbellino de fiestas como ésta olvidaba el magnate las continuas zozobras de su existencia de usurpador. Sabía que su vecino Mastino, Señor de Verona, tejía a su alrededor, en la sombra, apretada malla de invisibles anillos. Sospechaba el peligro y esta sospecha le hacía sufrir lo indecible, exacerbando sus instintos crueles y sanguinarios y haciéndole descargar su cólera sobre cabezas las más de las veces inocentes ya que no podía hacerlo sobre las de sus enemigos cuyas armas eran la perfidia y la traición.

Entre los invitados disfrazados que discurrían o bailaban en el gran salón de honor de palacio separó el tirano en dos mujeres que fuera azar o cálculo no dejaban de mariposarse a su alrededor. Una de ellas, joven y esbelta, de andar graciosa y flexible le sedujo en alto grado. Quiso, mientras pasaba por delante de él, atraerla a sí y abrazarla, pero la joven con

L. Gaumont

brusco ademán, se desahució de su brazo y se escapó ligera, confundiendo con las demás más caras.

La brusquedad de su movimiento hizo que la bolsa de brocado y oro que llevaba la máscara prendida a la cintura se soltara y cayera al suelo. El tirano la recogió presuntamente y registró su interior, pensando dar con las señas de la jóven que deseaba volver a ver y poseer. Un pergamino cuyos sellos estaban rotos, llamó su atención. Desdoblólo y leyó, aterrado:



Sancia, digna hija de Verona: He encargado a tu madre ponga en tus manos esta carta y me traiga todos los indicios y luces que sepas a cerca de Ubertino, mi execrado enemigo.

Trata de entrar en su casa y de verlo todo. Abre bien los ojos, Sancia, no los cierras ni un segundo, míralo todo e infórmame a ciencia fija. Sabes que te recompensaré munificamente. Eres pobre y te haré rica; y te casarás con mi primo Lorenzo, a quien amas.

Sin contar, Sancia que habrás servido a tu patria. Adiós, y vuelvo a encarceler. Abre bien los ojos. — Masiano Señor de Verona.

Sus inquietudes velanse una vez más confirmadas.

L. Gaumont

Mandó, estremecido, a dos de sus familiares que siguieran a las dos mujeres y las trajeran a su presencia. Así lo hicieron e instantes después, la máscara, temblorosa, se hallaba frente al tirano,



—Hermosa— dijole éste haciendo su voz melosa y acariciadora, y sin que nada en su semblante duro denotara el trastorno de su alma.— Tu prisa por venir al baile te ha impedido, sin duda, afianzar bien la bolsa en la cual encierras tus secretillos

Y mostrándosele de repente añadió con una sonrisa forzada que dió a su rostro un aspecto leroz:

L. Gaumont

—Es tuya, dí, niña hermosa? Son tuyos los preciosos papeles que ella contiene?

Sancia, pues era ella, palideció intensamente y no desplegó los la-



bios. Veiase perdida, en las garras de un hombre que nunca perdonaba, y acatando su sino bajó tristemente la cabeza y siguió a los hombres que a una orden de Ubertino la condujeron a los calabozos subterráneos del Palacio.

L. Gaumont

Y la fiesta continuó con idéntico esplendor y bullicio las risas y los gritos de alegría, los siseos de las intrigas amorosas y las notas juguetonas de la orquesta siguieron confundiendo en un solo murmullo, el murmullo de la locura, llenando hasta las menores resquicias del palacio iluminado.



* * *

En la cripta tenebrosa que débilmente alumbraba un candelabro de tres brazos improvisó Ubertino una especie de tribunal de sangre, del cual se erigió él único juez.

Rodeado de sus familiares y aconsejado por su confidente, serpenteante y cruel que justificaba con textos torcidamente interpretados las ansias de crueldad de su amo, Ubertino hizo comparecer a su presencia las dos mujeres, que aún enmascaradas habían sido conducidas por un piquete de arqueros de la sala de baile a la cripta tenebrosa.

Al interrogatorio a que le sometió el tirano opuso la más joven de las dos mujeres, la hermosa Sancia, un desdeñoso silencio. Sabía que la muerte le aguardaba y se había prometido a sí misma guardar en tan supremo trance toda la entereza y altivez de los de su raza.

L. Gaumont

Mas la crueldad de Ubertino no habia de contentarse con la muerte de la bella espía. La muerte! Quitá allá! Un hachazo sobre un cuello blanco y torneado... una cabeza que rueda... No, esto no bastaba. Así no sacaba Ubertino sus instintos de venganza. Algo mejor se le habia ocurrido.



... hizo comparecer a su presencia a las dos mujeres...

Dirigióse a Sancia:

—Querías ver... Querías no cerrar los ojos ni un instante, verlo todo...! Ajaja! voy a cumplir tu deseo. Verdugo, compadre, ven aquí... Ves esos hermosos ojos llenos de luz y de juventud, ves esos finos párpados guarnecidos de sedosas pestañas que sombrean el expiendor de su mirada... Pues bien, córtalos enseguida... Ah! con que querías ver, Sancia...! De este modo verás toda tu vida, y la muerte, la misma muerte no conseguirá poner un velo al horror de tu miradra vidriosa... Córtale los párpados, verdugo, córtale los párpados...!

Y terminó con una gran carcajada que retumbó, siniestra, en la cripta.

La madre, loca de dolor, arrojóse a las plantas del miserable. Se plicante, estremecida, arrastróse por la húmedas losas del subterráneo.

L. Gaumont

implorando perdón para su hija. Mas el tirano la rechazó brutalmente, y dió orden a los arqueros de que se la llevaran de su presencia.

Sancia sobrevivió al espantoso suplicio. Guiado sus pasos vacilantes por su madre regresó a Verona. El señor Mastino las esperaba y así que supo su llegada suspendió la audiencia e hizo introducir las hasta él.

Las dos mujeres entraron y se inclinaron ante él. Un negro manto ocultaba a Sancia sus facciones. Su cabeza se apoyaba, doliente, en el hombro de su madre. A las preguntas de Mastino, respondió en



La madre, loca de dolor, arrojése a las plantas...

sus manos un pergamino que el señor abrió y leyó:

May Ilustre Mastino: Devuélvete tu espía. Según tus instrucciones tendrá los ojos abiertos, siempre abiertos y no los cerrará ya nunca, ni aún, para dormir, ni aún cuando esté muerta. Adiós, creo con ello haber cumplido tus deseos.—Ubertino.

Mastino, presintiendo algo terrible mandó a Sancia que se destacara. La jóven se despojó lentamente de su manto y mostró sus ojos monstruosos dos globos blancos veteados de rojo y de azul que resaltaban de sobre la blancura de cera de su semblante enflaquecido.

Mastino retrocedió, lleno de horror, tapándose los ojos con sus ma-

L. Gaumont

nos, y Sancia luego de tocarse, salió de la estancia, apoyada en el brazo de su madre...

* * *

Las dos mujeres volvieron a su morada, en donde desde entonces habrían de deslizarse tristes sus días, como dos reclusas.

Pero Lorenzo, novio de Sancia, al enterarse de la vuelta de su adorada quiso a toda costa verla. A su vista las dos mujeres se refugiaron en el aposento más retirado de la casa, y le hicieron saber por medio de la criada que se fuera sin preguntar nada, que el corazón de Sancia continuaba siendo fiel, que no pertenecería a ningún otro, mas que era necesario a toda costa que la olvidara...

Lorenzo se rebeló contra esta prohibición. Mas todos sus lamentos y súplicas resultaron baldíos. Entonces resolvió recurrir a la astucia. Corrompió a una camarera, y ésta le prometió facilitarle aquella misma noche la entrada a la alcoba de Sancia. De este modo tendría con ella la entrevista de la cual dependía su vida.

* * *

Bien entrada la noche penetró Lorenzo en la alcoba en donde reposaba Sancia, a la suave claridad de la luna, que bañaba el aposento con sus nacarados reflejos.

La joven dormía en su amplio lecho guarnecido de encajes. Un tizado velo le ocultaba las facciones.

El joven acercóse de puntilla a la cama. Y descornado el velo apareciósele el pálido y hermoso semblante de su amada, cuyos ojos abiertos con espantosa fijeza parecía mirarle desde el fondo de sus órbitas sin párpados.

Lorenzo, horrorizado, huyó...



L. Gaumont

Sancia comprendió que solo un refugio se le ofrecía para esconder su desgracia, un asilo en donde todo era piedad y ternura, y que devolviera a su corazón la paz necesaria y le daría la fortaleza suficiente para sobre-



—Me reconoces Ubertino? Soy tu remordimiento

llevar su martirio. Y entró en un convento, consagrandó a Dios su existencia.

✽ ✽ ✽

Un día Ubertino, roído por una vida disuelta de inquietudes y zozobras vió acercarse la hora de rendir a Dios su alma manchada de crímenes.

Tendido en su lecho ducal, agonizaba, rodeado de aquellos que solo aguardaban su postrer suspiro para venerarle y arrebatarle su poder. Dos religiosas se presentaron. Venían a verter el bálsamo de sus plegarias sobre el alma ulcerada que iba a comparecer ante el juez supremo.

Los familiares se retiraron y las dos monjas se arrodillaron, fervorosas una de ellas se levantó de pronto, se inclinó sobre el moribundo y reavivando la última chispa de vida que aún lo animaba, le dijo vibrante:

—Me reconoces, Ubertino? Soy tu remordimiento... Mira, contempla tu obra...

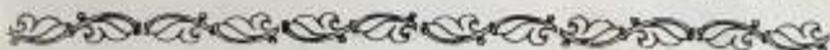
Sancia, pues era ella, levantó su velo, quitóse el antifaz de terciopelo

L. Gaumont

pelo negro tras el cual ocultaba la abominable mutilación y acercó su cara a la del miserable.

Y el moribundo, al ver asestarse contra él la horrible mirada de aquellos dos ojos sin párpados que fijos, dilatados, parecían beber avidamente el espectáculo de su agonía, exhaló un bronco suspiro y cayó de espaldas sobre los almohadones de su cama, crispado en una mueca de horror indecible, el rostro que tantas veces riera a la vista de la muerte...





Manolo quiere enflaquecer

Comedia

Manolo se congestionaba, haciendo esfuerzos desesperados, para juntar los dos extremos de un cuello rehacio. Lanzó, fuera de sí, algunos votos y ternos, y como su mujercita acudiera, atraída por sus voces, exclamó:

—La planchadora me ha cambiado los cuellos, Susana...



— Mírenme esos mofletes de canónigo .,

La aludida le miró de pies a cabeza y dejó caer, desdeñosa, estas palabras:

L. Gaumont

—La planchadora no ha cambiado nada... Eres tu quien has cambiado, gordiñón... Tu que estás engordando espantosamente, de un modo repugnante. Mírenme esos mofletes de canónigo, esa papada de abadisa y esa panza que pronto va a arrastrar por tierra...



... y mientras aquél se entregaba a las sobonas manos...

Y luego de envolver a su marido en una última mirada de desprecio salió, majestuosa, de la habitación.

Manolo quedó afligido, inquieto. Consultados los numerosos espejos que adornaban la estancia comprobó que en efecto su mujercita tenía

L. Gaumont

razón, que estaba engordando escandalosamente y que ya era tiempo de atajar de un modo u otro la invasión de la grasa, so pena de ver desaparecer para siempre su esbeltez.

Hojeó la Lista de Teléfonos y escogió como inspirándole más confianza, el

•INSTITUTO ESTÉTICO, dirigido por Doña Esther O'Typia. Calle Huseppordios' 57. Especialidad de masajes vibratorios •



Este con gran sorpresa notó que el carácter algo arisco

Pidió comunicación con dicha señora, y momentos después ésta, desde el otro extremo del hilo le tranquilizaba:

—No tenga V. cuidado, caballero. Con nuestro método de cura desaparecen las papadas, las mofletes y los vientres prominentes. Reducimos el tejido adiposo a su más mínima expresión... veinte años de éxito. Primeros premios en Exposiciones... Juegos Florales... Carreras en Sacós.

L. Gaumont

Manolo, sin querer oír más, colgó el receptor y se dirigió sin tardanza al Instituto.

Allí una dama de edad ya respetable se hizo cargo de su persona,



que fue sometida a operaciones diversas, a cual más molestas y desagradables.

A aquella primera sesión siguieron otras en los días sucesivos prestandose Manolo, dócil, a todas las manipulaciones, por crueles que fueran decidió como estaba a no merecer más de su mujer el humillante calificativo de «gordinflón».

L. Gaumont

Pero resultó que aquellas ausencias tan misteriosas y seguidas parecieron a Susana altamente sospechosas, hasta un extremo que resolvió un día seguir a su marido hasta la casa del crimen, pues no había duda que éste existía.

Un día, pues, sin que su marido lo notara, le siguió hasta el domicilio de Doña Ester O'Typia, y mientras aquél se entregaba a las sobonas-manos de la masajista, quedóse sola en el recibidor, invitada por la criada a esperar su turno. Algo sorprendida de esto miró por el ojo de la cerradura de la puerta, tras la cual oía las voces de su marido y de la desconocida, y esta indiscreta acción le permitió apreciar en toda su magnitud la abnegada conducta de su esposo, que para no merecer sus desdenes sufría en silencio y sin pestañear operaciones que podían calificarse de torturas.

Regresó precipitadamente a su casa, y aguardó ansiosamente la vuelta de su marido. Este con gran sorpresa notó que el carácter algo arisco y caprichoso de su monísima cara mitad había sufrido un cambio notable, que no podía menos de encantarle. En efecto por la primera vez, desde que volvía de sus visitas a la masajista, le acariciaba y mimaba de tal modo.

Quiso, agradecido, dar algunas explicaciones, confesar la razón de sus ausencias, pero ella que todo lo sabía, tapó con malicioso ademán su boca.

Luego, sentándose sobre sus rodillas y echándole los brazos al cuello preguntóle con voz deliciosamente turbada, si no existía otro medio, menos violento y más suave, para combatir su obesidad naciente...

No nos dice la historia lo que respondió Manolo a esta pregunta de su ingénua mujercita...



Un buen partido



Comedia

El Vizconde de Vice Versa, estudiante de derecho, era un muchacho de costumbres sencillas y puras. Vivía solo en las alturas de elevado inmueble y tenía por amigo a Oton Tolín, estudiante como él, que habitaba en el mismo rellano, frente a su puerta, con su mujer Rosalía.

Este matrimonio estaba muy unido, Oton adoraba a su mujercita, que dicho sea de paso merecía tal rendimiento, y para evitarle la más mínima fatiga, era él quien bajaba por las mañanas a la calle en busca del almuerzo cotidiano.

L. Gaumont

El Vizcondito hacia lo propio a la misma hora y estos encuentros, labró y cimentó su amistad.

Un domingo, el Vizconde, de vuelta de sus compras de la mañana,



Estaban ambos a gatas cuando apareció el marido...

con la botella de leche, los panecillos y el correo, púsose a leer la única carta de que se componía éste, y que decía:

Mi querido licenciado: Quiero presentarte a una encantadora muchacha sencillamente enloquecedora y un magnífico partido para ti. Ven a almorzar con nosotros mañana domingo a las doce en punto. Se exacto y no te arrepentirás. Tu tío, Octavio Menor.

—Repámpanos—exclamó el Vizconde, consultando el reloj. Son las once... no hay que perder un instante.

Se puso a rebuscar armarios y a vaciar cómodas, encontrando al fin el traje apropiado a las circunstancias que se puso en un santiamén.

Luego al ponerse el cuello notó, con indecible espanto, que el último botón que tenía había desaparecido. Buscólo por todos los rincones.

L. Gaumont

inútilmente, y decidió bajar a la calle a comprarlo. Así lo hizo, pero al hallarse en ella, vió que todas las tiendas estaban cerradas. No en balde se había hecho la ley del Descanso Dominical!

Solamente al pasar por delante de la puerta de su amigo ocurriósele la idea de entrar a pedirselo. Llamó y abrióle Rosalía. Oton había salido y se hallaba sola en casa. El Vizconde enteróla de sus desventuras y ella, que era la bondad misma entrególe un botón, único ejemplar que existía en la casa. Pero fué tanta la precipitación del Vizconde al tomarlo que resbaló de entre sus dedos y cayó al suelo...

Estaban ambos a gatas, buscándolo, cuando apareció el marido, quien, indignado, fuera de sí, creyendo ver en la conducta del Vizconde algo monstruoso e indigno, lo echó a empellones hasta la puerta y allí lo empujó definitivamente mediante un puntapié en el sitio de costumbre.

Entre tanto las agujas del reloj proseguían alrededor del cuadrante su marcha inexorable. El Vizconde afianzó como pudo el cuello con unos cordales, bajó a la calle, compró tras de mucho regatear un ramo de claveles cloróticos, y se metió en el primer taxímetro que vió libre, recomendando al chauffeur que apretara de firme.

El chauffeur obedeció de tal modo que instantes después embestía y pulverizaba un carretón repleto de hortalizas. El dueño del mismo chilló como un energúmeno, acudieron los agentes, y el Vizconde vióse por último obligado a aljojar unas cuantas monedas de oro para calmar la justa indignación del vendedor ambulante y poder seguir su camino.

El automóvil prosiguió su carrera y el desdichado Vizconde llegó por fin, sin más tropiezos, al domicilio de su tío.

* * *

La mesa estaba servida y todos emperaban su llegada para empezar a comer. Saludó a unos y otros, abrazó a sus tíos y cuando le presentaron a su futura novia, flaquearon sus piernas y sintió desfallecer. Adoe Fesio, que así se llamaba, era francamente imposible. Su cara hubiera hallado fácil aplicación en una explotación agrícola en calidad de espanta pájaros.

El Vizconde con el ánimo decaído tomó asiento frente a ella y probó de llevar algunos alimentos a su estómago desfallecido. Pero Dios decididamente le había dejado de la mano aquel día.

Adoe Fesio, dotado de un corazón tierno y dulce como la guayaba, quiso hacerle comprender con una expresiva mímica la pasión que por él sentía y como aquel no se diera por aludido, torturó por debajo de la mesa sus charoladas botax, sobándolas con furia.

El desdichado no pudo soportar más tiempo aquel martirio y huyó despavorido a través de las habitaciones de la casa. Adoe lo perseguió y logró atraparle por los faltones de la levita, cuando abría la puerta de la escalera para marcharse. Mas el Vizconde, sterrado, forcejeó y pudo por fin escaparse, dejando en las manos de la furiosa enamorada los dos faltones de su levita, que fue la única que cedió en tan enconada contienda.

L. Gaumont

De vuelta a su casa, aniquilado, sin fuerzas, dejóse caer el cuitado en la butaca. Hacerlo y botar en el aire con un alarido de dolor fué una misma cosa.

Habiase sentado sobre un objeto duro que le había causado intolerable dolor allí... allí donde aquella mañana apoyara algo bruscamente su irascible amigo, la suela de su bota.

Era, como se adivina el maldito botón perdido!



Bebé de vacaciones



Cómica

Sentado ante una mesilla cargada de libros de texto en el jardín de la casa de campo en donde veraneaba con sus padres reflexionaba. Bebé y decíase poco más o menos lo siguiente:

—La Aritmética me da náuseas; la Historia me adormece y la Gramática me encocorra. ¿Qué me importará a mí, que la raíz sea cúbica, cuadrada o triangular; que Numancia haya sido antes una villa heroica y se vea reducida ahora a la vergonzosa condición de cruceiro protegido; que el género sea masculino o neutro o de Sabadell?. Todo esto me tiene por completo sin cuidado y mis padres indudablemente abusan de su derecho de progenitores haciéndome «empollar» tan indigestas cosas...

Después de mucho reflexionar y ahondar la cuestión resolvió declararse en huelga; arrojó pues los libros al aire y se fué en busca de esparcimientos más amoldables a su carácter.

Pasó por delante del corral y chocándole la placidez de las gallinas y polluelos que lo poblaban, entró en él con el deliberado intento de llevar la perturbación y el espanto, propósito que consiguió con creces.

En esta faena sorprendióle su mamá quien justamente indignada llevó al delincuente a presencia del padre. Este, después de sermonearle de lo lindo le hizo una serie de preguntas sobre Mitología, Historia y Geografía y como a ninguna de ellas acertara a contestar, sentóse, severo, ante la mesa y escribió la carta siguiente:

Señor Don Abel Sedario: Ante la actitud de mi hijo véome obligado a rogarle se sirva venir a recogerlo el Jueves próximo. He resuelto pase las vacaciones en la Escuela.

L. Gaumont

Llamó a Julia, y entrególe la carta, recomendándole la depositara en correos sin perder un instante.

Bebé presintió vagamente algo terrible. Alcanzó a Julia, cuando ésta salía a la carretera, en dirección a un buzón de correos no muy distante de allí, y le instó, con arrumacos y zalamerías, para que no echara la carta...



... Introdujo la varita por la rendija...

Todos sus esfuerzos fueron estériles. Julia se mostró inflexible y la carta desapareció por la rendija del buzón fatal. Hay corazones junto a los cuales la piedra berroqueña es blando bizcocho!

Bebé, después de mostrar el puño, irritado, a su gordiflona chacha volvió precipitadamente a la casa. Había elaborado en un instante en su mente un plan magnífico para rescatar la carta que, adivinaba, le era perjudicial.

Buscó y halló un tarro de goma, impregnó en ella el extremo de una varita y con ella en la mano se encaminó al buzón. Una vez allí y después de cerciorarse de que nadie le veía, introdujo la varita por la rendija y fué

L. Gaumont

sacando una a una todas las cartas que aquel contenía, hasta hallar la de su padre.

Abrióla, enteróse de su contenido, y después de rasgarla en menudos pedazos regresó a su casa.

Desde aquel momento sus padres, maravillados, observaron en sus maneras un cambio radical, inaudito. No podía existir en el mundo un niño con tanto amor al estudio y que tan ejemplar comportamiento observara.

El padre, que no era ninguna fiera, se enterneció y dirigió al Director del Colegio un telegrama concebido en estos términos:

Abel Sedario: De por nula y sin valor mi carta anterior. Bebé se queda con nosotros.
y mandó al propio Bebé que lo llevara a la Oficina de Telégrafos.

Bebé obedeció sin pestañear: cojió el telegrama y así que se halló a alguna distancia de la casa, lo rasgó en menudos fragmentos que dispersó al viento.

Hecho lo cual, para atenuar un tanto la gravedad de su conducta y dejar a salvo su honor, entregó la peseta que su padre le diera para cursar el despacho, al primer mendigo que encontró en su camino.



(Lagos del país de Salzburgo)

Los lagos de Gmunden y de Hallstatt



Panorámica

De todos los lagos del encantador país de Salzburgo, el lago de Traun, denominado también de Gmunden, es sin disputa el más pintoresco y bello. La parte Sud, de un carácter grandioso, está encajada entre altas montañas cubiertas de espesos bosques. En esta parte se halla situada la preciosa aldehuela de Ebsensee, desde donde comienza nuestra travesía.

Poco a poco las altas montañas, en suave gradación, van desapareciendo y en su lugar vemos collados y colinas risueñas de suavísimos contornos. Luego pasamos por delante del Castillo de Ort, edificado sobre un islote, a algunas brazadas de la pintoresca aldea de Gmunden, en cuyo embarcadero atraca nuestro barco.

Muy diferente aspecto presenta el lago de Hallstatt, perdido entre elevadas montañas de imponentes y sombríos contornos. El caserío de

L. Gaumont

Hallstatt, construido sobre la roca viva, aparécesenos curioso y pintoresco. Esta peliucilita en donde la suavidad y poesia de algunos paisajes



contrasta con la belleza selvática y agreste de otros, está compuesta de excelentes clichés.



Construcción de una casa de hormigón armado
en los alrededores de Paris



Documentaria

Esta interesante película nos revela en una serie de clichés irreprochables en cuanto a fotografía, el nuevo procedimiento ideado por dos antiguos colaboradores del genial Edison, MM. Harms & Small, para construir casas de hormigón armado, procedimiento singular que trastorna toda la técnica conocida hasta hoy en día, y que puede resumirse en esta forma:

«Colar una casa como se cuele una pieza de fundición».

Para aquellos que no hayan visto la exquisita casa de «Santpoort» (Holanda) alegre, clara y sana, este sistema de confección ha de parecer muy yankee, y sobre todo inverosímil.

Por dicha razón, y afin de que aquellos a quienes interese esta cues-

L. Gaumont

ción puedan darse cuenta de la economía y de la superioridad del sistema, hemos creído necesario e instructivo hacer apreciar por la imagen animada lo ingenioso y práctico del sistema.

Después de los ensayos hechos en Holanda, los Sres. Harms & Smill decidieron extender su campo de acción, colando una segunda casa en los alrededores de París.

Esta película muestra en todas sus fases la construcción de dicha casa, y constituye un documento único en el mundo que será para el público una revelación.

Las casas de hormigón armado tienen la ventaja de resultar a un precio reducidísimo; en cuanto a la duración de las obras, el siguiente Cuadro dará de ella idea:

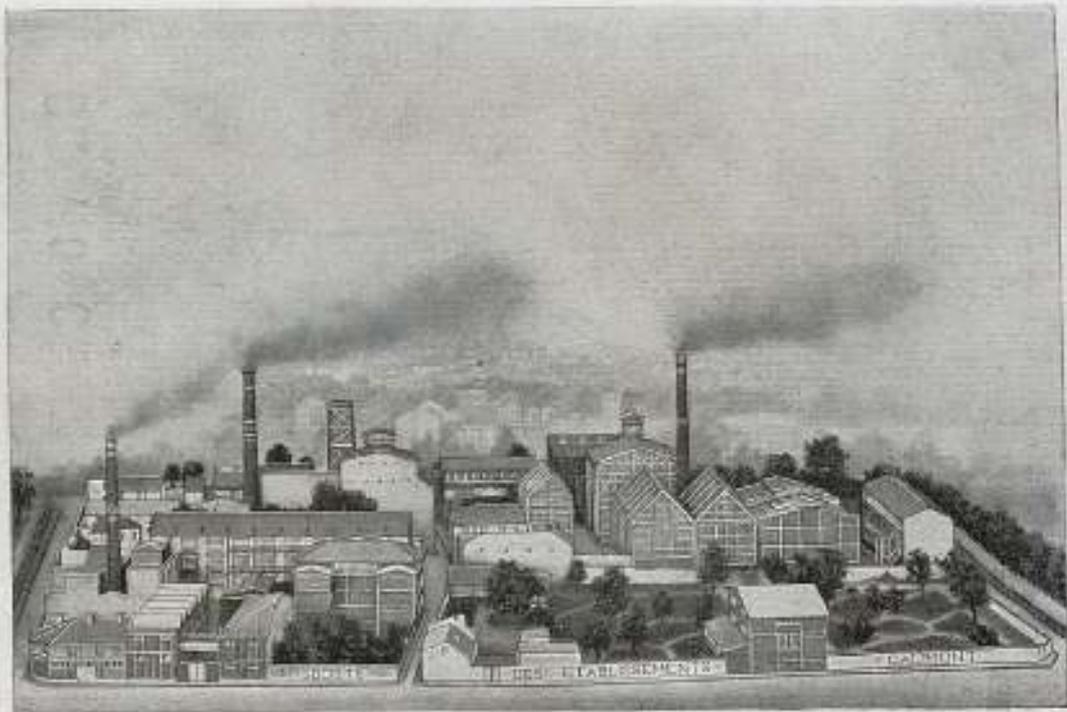
Montaje del molde	8 días.
Operación de la colada	1 "
Desmoldamiento.	2 "
El desmonte de los moldes se hace después de la colada.	2 "
La casa puede quedar construida en	13 días.



Modelo de una instalación cinematográfica
Gaumont enteramente metálica con
CRONO CRUZ DE MALTA



para proyecciones animadas y fijas



Vista de los talleres de la Société des Etablissements Gaumont de Paris

Variedad del Programa Gaumont n.º 12 D.

Cinematografía en color Gaumont

PANORAMICA

Núm. 4194

PANORÁMICA

EN CERDAÑA

Largo: 74 m. Color: 65 m. Palabra telegráfica: CERDAGRE

Palabra telegráfica	N.º de la película	TÍTULO Y ASUNTO	Metraje total	Metraje en virajes	Cartel ó Ampliación	Pág.
		Comedia				
Fimseul	4196	Al fin solo	220	156	Ampliación.	4
		Panorámica				
Casablan	3943	Casablanca	127	118		7
		Documentaria				
Lovelier	4192	Los galgos corredores	114	negro		8
		Dramática				
		MANO DE HIERRO				
		Tercera Parte				
Detroze	4187	(La vuelta del Forzado)	1875	910	3 Carteles	9
		Comedia				
Protaire	4198	El buen propietario	311	227	Ampliación.	21
		Comedia				
Fenestre	4197	La ventana misteriosa	256	205		25
		Actualidades				
		Gaumont Actualidades n.º 12				
		Cuarto Año				

NOTA.—El metraje indicado para cada película es aproximado

❁ PROGRAMA 12^D ❁

Cinematografía en color

Gaumont

PANORÁMICA

EN CERDAÑA



La Cerdaña, anchuroso valle entre Francia y España es sin disputa una de las regiones más pintorescas de la cordillera pirenaica.

Ante la vista del viajero desfilan admirables panoramas, de majes-

L. Gaumont

tuosa belleza, bajo un cielo siempre azul y sereno. Ya son ríos caudalosos, de cristalinas aguas, ya torrentes rápidos e impetuosos, abriéndose paso entre peñascos y rocas.

La ausencia casi completa de árboles agrega una nota característica y grandiosa a esta comarca.

Surcan la Cerdaña muy pocas carreteras: por dicha causa son empleados únicamente los asnos y mulas, animales seguros y resistentes, para el transporte de viajeros y mercancías, a causa de los parajes difíciles y a veces peligrosos por los que se debe atravesar.

Burg-Madame, última aldea francesa, y Puigcerdá, pueblo español, son los dos centros más importantes de la comarca.

Termina esta interesante película con unas vistas de Puigcerdá, la típica ciudad gerundense, en sus diversos aspectos.





AL FIN SOLO!



Comedia

Bautista, criado del Barón de Balde-Peña quería y respetaba a su amo, a cuyo servicio se hallaba desde hacía largos años. Pero si su querer hacia su señorito era grande, más lo era aún el que profesaba a cierto vinillo añejo del 45, por el que sentía, sin duda, ese respeto deferente que inspiran los años.

Una mañana que en ausencia del Barón se preparaba a dar un tiento a la botella que encerraba el deleitoso líquido, apareció aquel inesperadamente, interrumpiendo su dulce ejercicio.

Escondió rápidamente la botella y se puso a las órdenes de su amo, éste parecía preocupado. Llevaba una carta en la mano que releía de vez en cuando con marcado enojo.

Procedía dicha carta de la Baronesa su tía y en ella le participaba que después de una larga ausencia volvía a París, en compañía de una de sus sobrinas a quien calificaba con cierto sonsonete de «excelente partido». Le instaba a que fuera a almorzar con ellos, para conocerla y terminaba con estas palabras: «Ven cuando quieras, pero ven...»

De ahí la preocupación del Barón, pues pensaba, no sin razón que su tía no desperdiciaría ocasión de atentar contra su tranquilidad y libertad de soltero.

Quejóse a su criado, con quien tenía bastante confianza, de la tiranía de su tía, y terminó diciendo, en un arranque de rebeldía, que no acudiría a la cita.

Bautista no era de su mismo parecer. Declinase para sus adentros que si su señorito obedecía a su tía y se entedaba en trapicheos amorosos, ello le permitiría quizás disfrutar de un poco más de sosiego y calma y satisfacer sus ansias de libertad y de vino de edad avanzada.

Por lo que, así le dejó solo el Barón se puso a meditar rebuscando en su mente un medio que le permitiera coadyuvar en buena parte a los propósitos casamenteros de la Baronesa. Este medio lo encontró y lo puso en práctica sin perder un segundo. Antes de ser criado había trabajado en un Cine en calidad de transformista. Componerse un rostro idéntico al de su señorito y adoptar su aire y sus maneras fue, pues, para él un sencillo juego de niños. Luego se puso el traje más elegante que pudo encontrar en el buen surtido guardarropa del Barón y se encaminó a casa de la Baronesa, su tía.

•••

La Baronesa, que no había visto a su sobrino desde hacía doce años,

L. Gaumont

cayó en el lazo. Recibióle con grandes muestras de cariño y lo presentó a Susana, la cual sintió por él desde los primeros instantes una simpatía precursora del amor. Bautista hizo tan bien su papel, mostróse tan galante, obsequioso y atento con las damas, que al finalizar el almuerzo con honores de festín Susana estaba ya completamente seducida.

El fingido Barón le espetó, cuando se halló a solas con ella, una ar-



... le recibieron como si se hubieran separado la víspera

dorosa declaración y cubrió de besos la mano que Susana, vencida, le abandonara...

Cuando el tímido criado se retiró, Susana confesó a su tía, ruborosa, su amor por el Barón. Y las dos mujeres charlaron hasta bien entrada la noche de aquel matrimonio que tantos felices había de hacer.

Al día siguiente el Barón leía esta carta que le trajo el correo de la mañana:

Mi querido sobrino: Estoy encantada... Susana te adora. En cuanto a tus sentimientos hacia ella, bñibonazo, se a que atenderme. Ven a almorzar hoy.

L. Gaumont

Estupefacto dirigióse a Bautista que adoptaba para la circunstancia un aire cándido e inocente y le explicó el caso, que se le antojaba fantástico, maravilloso, loco. Aquel le aconsejó: —Yo señorito irfa a ver a esa extraordinaria jóven... quizás sea un dechado de hermosura. De todos modos nada aventura.

El Barón se rindió a tan atinadas observaciones y se fué sin tardar a casa de su tía. Su sorpresa fue grande al ver que en aquella casa le recibían como si se hubieran separado la víspera.

Su asombro fue aumentando por grados, al notar con que naturalidad y mimo se confiaba a él la gentil Susana, a quien, por su lado, no dejaba de causar gran despecho la actitud fría y correcta del que la víspera habíase mostrado excesivamente emprendedor y airevido.

Pensó la niña que quizás el invernadero avivaría sus extinguidos ardores y prestaría alas a su inspiración, y a uno de sus rincones más oscuros y perfumados lo llevó. Y como no podía menos de suceder el corazón del Barón se inflamó, sus propósitos en pro del celibato se fundieron y solo vió ante él un rostro hechicero, que poco le faltó cubriera de caricias.

* * *

El Barón, al regresar a su casa, hizo a Bautista confidente de su felicidad. Y al pensar en la rapidex fulgurante de su idilio, pensó en alta voz: «Quién podría descifrar este misterio?»

—Yo, señorito!—exclamó entonces Bautista, y vistiéndose con su su traje componiéndose un rostro a su imagen, le demostró en que parte habíase contribuido él a su dicha.

El Barón rió y perdonó... Podía hacer otra cosa?

* * *

Y Bautista, a quien su amo desde entonces dejó tranquilo, pudo abandonarse al fin en compañía de su casta amante doña botella a los gozes puros y embriagadores que su alma sedienta anhelaba.





(El Marruecos pintoresco)
CASABLANCA



Documentaria

Han pasado cinco años desde el día en que las tribus fanáticas de la Chania saquearon Casablanca, el gran puerto marroquí del Atlántico y degollaron a los europeos ocupados en la construcción del ferrocarril.

Esta plaza se ha convertido hoy bajo la influencia de la ocupación



francesa en un centro comercial importante y sin disputa es una de las ciudades más florecientes del Imperio Jerifiano.

Hasta el aspecto de la ciudad se ha modificado. Las calles son más simétricas, más anchas y en algunos sitios están empedradas.

La población de la ciudad ha aumentado sensiblemente y puede evaluarse hoy en 50.000 habitantes, en cuyo número hay que comprender 9.000 europeos y 10.000 israelitas.

Es digno de verse, el soco o mercado, que en Casablanca ofrece el mismo típico aspecto y la misma animación que en las demás ciudades árabes.

El desarrollo de Casablanca está íntimamente ligado a la cuestión

L. Gaumont

del Puerto, pues no existe todavía en el país instalaciones industriales suficientes para transformar en la plaza todo o por lo menos parte de su producción.

El pueblo actual es a todas luces insuficiente por cuya razón se está emprendiendo en la actualidad trabajos de extensión que permitirán en breve plazo obviar las dificultades con las que hoy se tropieza.

A pesar de ello en los últimos cinco años el valor total del comercio de Casablanca ha aumentado de 15 a 25 millones.

El desembarco en Casablanca es un espectáculo sumamente pintoresco.

Como las embarcaciones no pueden atracar a menos de 80 metros de la orilla, los viajeros tienen que efectuar este trayecto encaramados en los hombros de robustos moros que cobran por su trabajo 5 pesetas por persona y 0'25 por bulto.

Esta película, compuesta de excelentes clichés está destinada a obtener franca acogida entre el público, por presentar en sus variados aspectos una ciudad, que aparte de su carácter típico está llamada a un gran porvenir en plazo no lejano.



Los galgos corredores (Llamados GREYHOUNDS)



Documentaria

El deporte llamado "Coursing" goza de verdadero favor por parte del público en Inglaterra, Rusia y Alemania.

Es verdaderamente atrayente en efecto, desde el punto de vista deportivo, el espectáculo de la carrera fulgurante de los galgos, tras la liebre inocente que huye aterrada, mas que no obstante tiene recursos suficientes, dada su velocidad verdaderamente desconcertante y su listeza, para escapar de sus adversarios.

Aunque en resumidas cuentas es el galgo quien triunfa las más de las veces en estas singulares justas de velocidad.

Con el fin de llevar a su grado máximo la fantástica velocidad con que la naturaleza les ha dotado, edúcaseles desde cuanto nacen, sometiénolos a un riguroso régimen y a entrenamientos diversos.

Esta película nos muestra en clichés irreprochables, llenos de vida, las diversas fases de entrenamiento por que pasan esos veloces perros y termina por una vista de un animado "Coursing" al que concurren galgos bien reputados en esta clase de deporte.



MANO DE HIERRO

(TERCERA SERIE)

La vuelta del forzado

Primera parte.

La tristemente célebre banda de los «Guantes Blancos» que fué un tiempo terror de los salones mundanos pareció disolverse y dispersarse a raíz de la detención, condena y envío al penal de su cabecilla el famoso barón de Croze.

La policía buscaba inútilmente a sus cómplices y se preguntaba si realmente la banda se había disuelto y disgregado cuando un telegrama recibido en el Ministerio de Gracia y Justicia dispó todas las dudas que sobre el particular había.

Forzado Croze evadido por mar. Avisar puerto francés. Sigue informe, Bernard.

El Jefe del negociado correspondiente hizo transmitir la filiación antropométrica del forzado evadido y la telegrafió a las autoridades de todas las plazas marítimas en donde pudieran arribar barcos procedentes de la Guyana.

No cabía la menor duda. La banda existía aún. Era ella quien había hecho evadir a su jefe: vivía en silencio retirada, como una bestia herida en suantro, esperando a que el temible bandido se pusiera a su cabeza para proseguir la serie de sus hazañas.

El Jefe de la seguridad no vaciló un instante. Al bandido audaz y enérgico opondría otra fuerza, otra energía. Y «Mano de Hierro» el esforzado y hábil policía fué llamado a ocuparse del asunto.

El policía aceptó gozoso la designación; trazó en un instante, las líneas principales de su plan de campaña y se puso a la obra sin perder un minuto. Disfrazado de obrero se trasladó primero a la antigua guarida de los «Guantes Blancos» aquella taberna sita junto a las fortificaciones que nuestros lectores conocen. El policía, que se había propuesto beber en ella un vaso de vino, aguzando las orejas y la vista, se detuvo chasqueado ante su puerta. La casa estaba cerrada y un cartelón explicaba la razón: Casa

L. Gaumont

para vender o arrendar. Dirigirse al Banco Rebás y C.^{sa} Plaza de la Bolsa, 77.

«Mano de Hierro» volvió a la prefectura pidió por teléfono al servicio de Pesquisas informes detallados acerca de aquel Banco que se encar-



gaba de vender o arrendar la sórdica barraca que en no lejano tiempo había servido de guarida a los «Guantes Blancos».

Respondiéronle en seguida que los negocios en aquel Banco eran embrollados y poco claros y que su moralidad en plaza daba lugar a encontrados comentarios, aunque predominaba no obstante la nota desfavorable. A continuación recibió «Mano de Hierro» el legajo relativo a tal fir-

L. Gaumont

ma y su estudio hizo afirmar más aun en su mente la idea de que la misma tenía más de un punto de contacto con la famosa banda.

De astroso obrero que era poco antes convirtiéndose en un elegante gentleman, vestido a la última moda. Encaminóse así equipado al Banco, establecimiento flamante, reluciente, alhajado con pretencioso lujo, pla-



y obtuvo que lo admitieran en calidad de corredor de títulos.

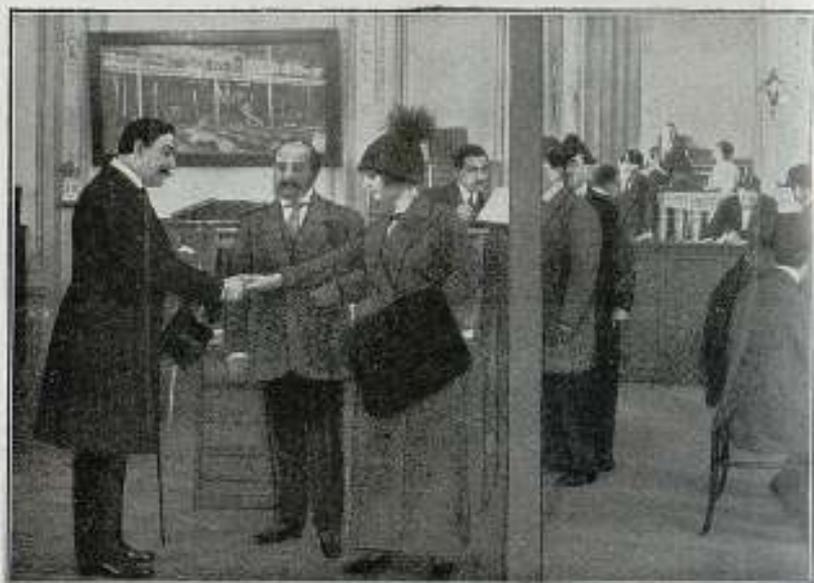
gado de empleados y bien concurrido e hizo pasar a las manos del Director una tarjeta con el nombre de Jaime de Orsonval y la mención siguiente: «Disponiendo de tiempo y capitales, pondría unos y otros al servicio del Banco Rebás y C.^{ta}».

Estas mágicas palabras abrieronle instantáneamente las puertas del despacho del banquero el cual le recibió atentamente y le presentó a su *alter-ego*, un personaje cuya fisonomía muy poco decía en su favor. Tras de un diálogo hábilmente encauzado, «Mano de Hierro» se captó la confianza de ambos y obtuvo el que lo admitieran en calidad de corredor de títulos, mediante la entrega de considerable suma como fianza de su gestión.

L. Gaumont

Los dos compadres, persuadidos, de que habían hecho excelente adquisición hicieron visitar a su nuevo colaborador las distintas dependencias de la casa, presentándole a los principales empleados.

«Mano de Hierro» tomó posesión al día siguiente de su cargo. Una persona que cerca del Director ejercía las funciones de Secretaria, linda y



Fue presentada a la Secretaria del Banco...

elegante joven de sugestivo palmito, llamó su atención. Persuadido del papel importante que en aquella asociación representaba y lo útil que para sus planes sería su amistad, colmóla aquel día y los siguientes de atenciones y obsequios, consiguiendo en relativo breve plazo granjearse por completo sus simpatías.

Susana Arly, que así se llamaba, muy coqueta y aficionada a los placeres cayó en el lazo que el astuto policía le tendiera. Acompañóle una noche al teatro y al salir de éste aceptó el convite de una cena en gabinete particular.

El champagne trastornó su cabeza, mas como «Mano de Hierro» en su papel de conquistador forzara algo la nota, ella se defendió energicamente y le confesó que amaba a un hombre que en aquel momento se hallaba en lejanas tierras y que por nada del mundo le traicionaría. Al decir esto sacó de su pecho un medallón, lo abrió y enseñó al policía un diminuto retrato que se hallaba dentro.

L. Gaumont

Mano de Hierro estuvo a punto de lanzar un grito de asombro. El retrato representaba al temido Barón de Croze el jefe de los «Guantes Blancos»!

Ella, a quien la evocación de su amante había abstraído no reparó en la emoción del policía. Escondió el retrato, apuró el resto de champaña



Rebás sin vacilar sacó del armario una lámpara de alcohol...

que quedaba en su copa y se dejó caer luego contra el respaldo de la silla, medio aturdida.

El policía, que en un instante había entrevisto el enorme partido que podía sacar de aquel estado de semi-inconsciencia, sacó rápidamente de uno de sus bolsillos un minúsculo frasco de cloroformo, impregnó con él un pañuelo y pasó éste ligeramente por las narices de la joven, hecho lo cual se apoderó de su saquillo y lo registró minuciosamente. En él halló las señas de su propietaria, las llaves de la casa y un telegrama cifrado.

Después de acostar a la dormida sobre un diván salió del Restaurant, encomendando al salir que dejaran el gabinete en el mismo estado en que se hallaba, y se encaminó al domicilio de Susana. Entró en él sin dificultad gracias a las llaves y se puso a registrar el secreter, abriendo sus más ocultos cajones y descubriendo sus más complicados escondrijos. Las

L. Gaumont

cartas y documentos que halló eran por demás significativas y establecían perentoriamente la relación entre el bandido y su querida, y entre aquél y el Banco. También halló en el mueble la clave usada para la correspondencia, y gracias a ella pudo descifrar el texto del telegrama encontrado en el saquillo, que era el siguiente:

SALVADO. DE CROZE.

Después de tomar breve nota de todo lo encontrado y dejar las cosas como estaban volvió apresuradamente al lado de la Secretaria, que continuaba dormida, la despertó con mimo y la acompañó galante hasta la puerta del domicilio que acababa de violar y en el cual, sin embargo, ningún vestigio hallaría aquella de su paso.

Segunda parte.

Luego de madurar bien su plan, decidió «Mano de Hierro» proceder con un golpe decisivo a la detención de los miembros que administraban el sospechoso Banco. Dirigió a Rebás la carta siguiente:

Los dos capitalistas de que les he hablado están dispuestos a suscribir cada uno mil obligaciones, pero exigen antes ser presentados a los miembros del Consejo de Administración.

Sírvase pues provocar una sesión extraordinaria para pasado mañana a las dos; iré yo con mis clientes...

Cuando llegó esta carta al Banco, su Director hablaba a solas con su compadre. Ambos comentaban un suelto aparecido en el periódico de la mañana, que terminaba por este párrafo:

a juzgar por la forma en que fué estrangulada la víctima y despojada de su collar de perlas estimado en más de cien mil francos, cree la policía hallarse en presencia de una nueva hazaña de la temible banda de los «Guantes Blancos».

La llegada de la Secretaria, trayendo la correspondencia interrumpió sus comentarios. Dejó aquella el paquete de cartas sobre la mesa y se retiró.

Apenas se había cerrado tras ella la puerta del despacho, un golpe apagado que parecía salir de la pared, hicieron detenerse a los dos cómplices, que escucharon atentos, mirándose y haciéndose signos de inteligencia. Cuando hubo cesado el ruido, cerraron la puerta con llave y se di-

L. Gaumont

rigieron ambos a un armario-biblioteca repleto de libros, situado en un extremo de la estancia.

Rebás dió entonces tres golpes en el mueble; al último giró éste sobre sí mismo y por el hueco que descubrió apareció un hombre. Sin decir una palabra y sin que su vista provocara en los dos compadres la mas mínima sorpresa se dirigió a la mesa y echó sobre ella un collar de perlas. Era el asesino cuyo crimen relataban aquel día los periódicos. Contra el producto de su robo, entregáronle los banqueros una suma de dinero. Luego, después de meterse aquélla en el bolsillo desapareció el hombre tan misteriosamente como había entrado por la galería secreta, la cual conducía al domicilio de Rebás.

* * *

Al llevar a sus jefes el correo había notado la Secretaria algo de extraño en sus maneras. Así pues al salir, y oír que tras ella cerraban la puerta, en vez de volver a su sitio se puso a observar sus gestos y acciones por el ojo de la cerradura. Procediendo de este modo servía a su amante el Barón de Croze que con este objeto la había colocado en aquel Banco, del cual fué, cuando capitaneaba la cuadrilla de los «Guantes Blancos» uno de sus más importantes sostenes.

La joven descubrió así el pasadizo cuya existencia ignoraba totalmente, secreto que como se verá mas adelante supo aprovechar.

* * *

Los dos asociados, así hubo desaparecido el asesino pusieronse a abrir el correo. En el hallaron un sobre, que contenía una hoja en blanco. Rebás sin vacilar sacó del armario una lámpara de alcohol, la encendió y expuso al calor de su llama dicha hoja, que no tardó en cubrirse de caracteres.

Gracias amigos—decía la carta—por vuestro cheque, que me ha permitido fletar el yate La Florida y asegurar la evasión de Croze. Haremos escala en La Trinidad, donde esperaremos vuestras noticias.—Steck.

Los dos compadres se miraron y sonrieron. Sus negocios iban tomando buen rumbo. Croze, el astuto bandido no tardaría en llegar y su advenimiento al frente de la temible asociación, había de asegurar al Banco todavía muchos días de prosperidad y abundancia. Luego aquellos dos incautos que había de presentar al día siguiente al nuevo corredor, aportarían a las cajas de la casa, algo de que estaban muy faltas.

L. Gaumont

«»
No fueron dos incautos los que presentó Santiago de Orsonval a los miembros del Consejo de Administración del Banco Rebás y C.^{ta}, al día siguiente. Fueron dos policías de sólido puño y hercúleas fuerzas que a



una señal de su Jefe se precipitaron sobre los prevenidos Consejeros y ayudados por agentes que esperaban afuera, al acecho, lograron en un santiamén reducirlos y ponerlos a buen recaudo.

Susana Arly, hostigada por los policías se refugió en el despacho del Director y burló a sus perseguidores escapándose por el pasadizo secreto que el día anterior había descubierto.

Tercera parte.

La secretaria, aún no repuesta del susto se dirigió a una oficina de telegrafos e hizo cursar cifrado el despacho siguiente:

L. Gaumont

Banco detenido. Temo traición posible de Rebás. Cambio de itinerario. Voy refugiarme Marsella casa Juana. Teleg. Noticias lista 18-32.



Con su peculiar actividad telefonó a la Jefatura de Policía

Y sin perder un instante tomó el tren para Marsella.

«Mano de Hierro» por su lado reclamó y obtuvo de la Administración de Telégrafos los despachos expedidos a la Guyana y logró de este modo, gracias a la clave que poseía enterarse de las intenciones de Susana. Con su peculiar actividad telefonó a la Jefatura de Policía de Marsella indicándole que detuvieran a la persona que fuera a recoger a la lista la correspondencia dirigida a las cifras 18-32, así como la correspondencia misma.

Y como si no fueran bastante todas estas precauciones el incansable policía se entrevistó por teléfono con el puesto de telegrafía sin hilos de Santa María del Mar, trasmitiéndole la orden siguiente:

L. Gaumont

Jefatura de Policía de París al Capitán del Mallorca, en el Océano Atlántico. Detengan forzado de Croze que viaja a bordo Mallorca con nombre Verneuil. Necker.

La respuesta llegó aquel mismo día y decía:

Bordo Mallorca a puesto T. S. H. de Santa María del Mar. Pasajero Verneuil desembarcó en la escala de la Trinidad. No podemos suministrar dato alguno interesante.

«Mano de Hierro» tuvo un instante de desaliento al ver fracasados sus planes. Rehibóse sin embargo, con un supremo esfuerzo de voluntad y continuó, con desesperada energía, la sumaria.

Un telegrama de la Jefatura de Policía de Marsella comunicándole el texto del que se había recibido en las Oficinas de Telégrafos dirigido a las cifras 18-32 le devolvió la esperanza y le prestó nuevos alientos. Dicho telegrama, expedido por Croze decía así:

Sigo consejos, Gracias. Espérame en el Cap Ferrat. Iré a reunirme contigo el 20.

«Mano de Hierro» se hallaba diez y ocho horas más tarde en Marsella. De esta ciudad se dirigió sin tardar al Cap Ferrat, y púsose desde su llegada, de observación en la playa, avisor y anheloso.

Hacia ocho días que «Mano de Hierro» daba batidas, incansable, por aquellos lugares preguntándose ansioso si la joven y el forzado habían convenido otro lugar para reunirse, cuando una mañana pasó ante él un automóvil dentro del cual iba repantigada, sonriente y dichosa del instante feliz que se acercaba para ella, Susana Arly.

«Mano de Hierro» montó en automóvil y se lanzó en persecución del en que iba su antigua conocida, mas en la carrera una malaventurada "panne" paralizó su coche, llenándole de rabia y de furor.

Apeóse rápido, y subió a un montículo que costaba la carretera, desde el cual se divisaba la carretera en sus múltiples revueltas hasta desembocar en la playa. Con la ayuda de sus gemelos siguió la carrera del automóvil fugitivo.

Esta llegó al embarcadero, donde terminaba la carretera. Echó pie a tierra la joven, tomó asiento en un bote automóvil que junto a aquél había atracado, y desapareció mar adentro en dirección a un gallardo velero que, al paño, a algunos centenares de brazas de la punta del cabo, parecía aguardar su llegada.

«Mano de Hierro» siguió rabioso, con sus gemelos a la joven en toda la travesía cuando saltó graciosa y ligera sobre la cubierta y cuando con un transporte sincero de amor se arrojó al cuello de un robusto mozo, en

L. Gaumont

quien, a pesar de la distancia reconoció al cabecilla de "Los Guantes Blancos". El barco aparejaba, y no había de tardar en tomar el largo.

El policía volvió a tomar asiento en el automóvil que manos diligentes habían reparado entretanto y tras de una carrera furiosa llegó al embarcadero. Saltó rápido en un bote automóvil e instantes después tomaba contacto con el velero, hizo presentarse al capitán y se dirigió rápido acompañado del mismo, a la escotilla por donde había desaparecido, tiernamente enlazada, la pareja.

* * *

En el camarote del forzado la joven, resplandeciente de dicha enlazaba con sus brazos el cuello de su amante y le hacía el relato, entrecortado de besos, de sus aventuras.

De pronto interrumpió su charla una voz que se elevaba tras el delgado tabique de la escotilla, imperiosa, enérgica:

—De Croze, estás en nuestro poder... no resistas. Ríndete!

El miserable palideció intensamente. Había reconocido la voz de su mortal enemigo, del maldito "Mano de Hierro"

—Estoy perdido! —murmuró desasíendose de los brazos de su amante. Ella forcejeó. —Déjame. Quiero morir contigo...!

Pero el miserable la rechazó, enérgico. En su alma implacable y despiadada subsistían aún puros sentimientos hacia aquella mujer que tantas pruebas de abnegación y lealtad le había dado. No quería que muriera y empujándola con fuerza afuera de la escotilla, cerró la entrada y se acurrucó en el fondo del camarote, dispuesto a vender cara su vida.

La querida del bandido al poner el pie en la cubierta y ver ante ella a "Mano de Hierro" le escupió la cara, presa de violento ataque de rabia.

El policía la apartó a un lado, sin indignación, casi con fastidio y echando abajo la reja que cerraba la escotilla, penetró en el camarote, decidido.

Una escena horrible, de barbarie infinita tuvo entonces por teatro aquel exiguo reducto.

El bandido agazapado tras la mesa descargó su revólver sobre el policía. Este aunque herido respondió y como la lámpara cayera al suelo, en la refriega, batiéronse los dos hombres en la sombra, tirándose a bulto, casi a quemarropa.

"Mano de Hierro" herido gravemente de dos balazos pudo arrastrarse a costa de un sobrehumano esfuerzo hasta la escotilla. Allí dos marineros lo sacaron a cubierta, mientras en el fondo del camarote el bandido, ebrio de furor disparaba contra la reja de la escotilla los últimos tiros que le quedaban.

* * *

Mortalmente herido, desangrándose por numerosas heridas sintió Croze que su última hora había sonado. Reunió entonces las últimas fuerzas que le quedaban y queriendo poner digno remate a su vida, recogió del

L. Gaumont

suelo la lámpara, roció con el petróleo los tabiques y piso del camarote y prendió fuego. Los tripulantes del velero, al ver perdido éste, organizaron con gran rapidéz el salvamento y lograron abandonarlo a tiempo.

Cuando tocaron tierra en la punta del cabo la embarcación era una hoguera.

EPILOGO

Las olas redujeron en un instante el fuego y completaron la obra de exterminio que este iniciara, sepultando en los abismos del mar el despojo carbonizado del siniestro bandido.

Ahora, en la inmensidad del Oceano bogan, lamentables, a merced de los vientos los restos informes del que fué gallardo velero.





El buen propietario



Comedia

La historia del mundo, fértil en extraordinarios ejemplos de ilogismo e incoherencia y que registra casos de suegras cariñosas, de barberos silenciosos, de vinos puros, de puros intoxicables, de abogados verídicos y otros no menos increíbles, no nos dice sin embargo que haya existido nunca un propietario generoso y humano.

Existe tal fenómeno? Si, el cinematógrafo lo ha descubierto y lo presenta a la admiración del mundo en esta película.

* * *

Don Lino Centón, propietario de una casa de vecindad, que le daba excelentes rendimientos, leyó cierta mañana un virulento artículo que versaba sobre los abusos siempre crecientes de los dueños de las casas.

Es incalificable el proceder de esos comedores de carne humana llamados propietarios aumentando los alquileres de casas casi en estado ruinoso, guaridas infectas que ha pesar de estar ya amortizadas rinden aún a sus caníbales de dueños un 20%.

La lectura de este artículo sumió a don Lino en una perplejidad grande. Aunque en términos poco cariñosos, el cronista decía la verdad.

Y como novel propietario que era, y dotado de un corazón aún no endurecido, resolvió en un arranque de generosidad reducir todos los alquileres de su casa en un 50%.

Así lo hizo saber a su portero, por medio de una lacónica carta, que fue a llevar a su destino, sin tardanza, uno de sus criados.

* * *

La carta cayó como una bomba en el tranquilo y austero domicilio del señor Tomás Tripita, portero de la casa de que era propietario don Lino.

Pasado el primer instante de estupor, negóse a dar crédito el señor Tomás a tan absurda misiva creyéndose víctima de cruel chanzoneta. Después de haberse revestido de dignidad se encaminó con su esposa a casa de don Lino, y grande fue su sorpresa al oír de su propia boca la confirmación de tan extraordinaria noticia.

Quiso rebelarse, pero don Lino, con firmeza, mantuvo su decisión y le ordenó que sin tardanza fuera a notificarla a sus inquilinos.

L. Gaumont

* * *

El señor Tomás, descorazonado, decaído de espíritu y ánimo voló a la casa cuyos destinos regía. Y comenzó para él un doloroso calvario. El primer inquilino visitado, probo y digno comerciante, al leer las cuatro líneas del propietario rompió a reír estrepitosamente: luego al



Las despedidas flojeron sobre la venerable cabeza del Sr. Tomás...

ver el amilanamiento y postración del desdichado portero cesó en sus burlas y lo compadeció con toda su alma, persuadido de su desequilibrio mental.

El señor Tomás, reconfortado por el buen hombre salió de su tienda y subió al primer piso, habitado por doña Petra Facta, feminista, secretaria de la "Junta de Dumas contra los Géneros Chico, Masculino y Neutro" y autora de infinitas obras sociales. Cuando entró el digno portero en el estudio de la literata, ésta dormitaba, con una enorme pipa en la boca.

Despertóla suavemente y con un gesto de desaliento puso ante sus ojos la fatal misiva. No bien se hubo enterado doña Petra de la humillante pretensión de su propietario, exclamó con bronca voz:—Os he pedido acaso limosna, insípida e incongruente criatura?

L. Gaumont

Lanzóle dos bocanadas de humo negro y espeso, y volvió a su ensimismamiento.

Impávido, con resignación y calma cristiana subió el señor Tomás al segundo piso. En él habitaba doña Cinta Métrica, viuda de un alto funcionario de Hacienda. Al enterarse del objeto que le llevaba allí, gritó con un ademán de reina ofendida:



...y abofeteó con aquel fajo de papeles el rostro del abyecto propietario...

—Os propasáis, señor Tomás, gastándonos bromas a las que nunca os autorizamos!

Y el señor Tomás, avergonzado, comprendiendo que aún le quedaba por sufrir otras afrentas subió al tercer piso, a ver a don Melitón Boto Alchapiroz, un coronel retirado que con la misma facilidad que montaba a caballo montaba en cólera. Este detalle lo conocía el señor Tomás, por lo que formuló tímidamente la decisión de su amo.

—Mi Coronel, sin ninguna razón, a despecho de los usos mas sagrados, don Lino Centón, el dueño de esta casa, ha decidido disminuir sus alquileres...

—Mil tempestades!—gritó el Coronel fuera de sí...—Me tomas por un quinto, miserable pipilote?

L. Gaumont

Y el señor Tomás salió escaleras abajo impulsado por las botas de montar del irascible militar.

Un murmullo de indignación que acabó en un grito unánime de furor sacudió la casa hasta en sus cimientos.

—Qué significa esto?

—Nos toman por pobres de solemnidad!

—Nos insultan...

—Nos ultrajan...

Hasta llegó a decirse que aquello era obra de petroleros y anarquistas.

Las despedidas llovieron sobre la cabeza venerable del señor Tomás víctima propiciatoria de la inconcebible y absurda decisión de su amo.

Y el portero, ¡oh! ¡amargo sino! el super-hombre bajo cuyo yugo gimieron todas aquellas personas, hubo de escuchar de ellas, de sus antiguos esclavos, los gritos sediciosos de:

—Fuera! Qué lo arrastren! Qué lo empañen!

El señor Tomás, aniquilado, sintiendo que su razón zozobraba junto su dimisión a las despedidas y abofeteó con aquel fajo de papeles el rostro del abyecto propietario, el cual horas después comprobaba que su casa estaba deshabitada como un mal planeta apagado y fuera de uso.

Y después de echar un vistazo a las papeletas de alquiler que cubrían el portalón cerrado, volvió a su casa meditando...





La ventana misteriosa



Comedia

El joven T. L. Maco era un pintor aficionado, muy enamorado de su arte. Tenía su habitación y taller en un quinto piso con honores de Sexto, debajo mismo del tejado, y chafarrinando lienzos, cantando y riendo con



y a ello se debía el que el taller estuviera siempre muy concurrido

sus camaradas pasaba la mayor parte de su tiempo sin preocupaciones ni sobresaltos de ningún género.

Su bondadosa madre, en posesión muy desahogada, subvenia con largueza a sus necesidades, lo cual le permitía tener un taller bien alhajado y una despensa bien surtida. Esta circunstancia la conocían sus amigos y a ella especialmente se debía el que el taller estuviera siempre muy concurrido.

En una de dichas reuniones T. L. Maco explicó a sus amigos un fenómeno curioso que desde hacía algunos días observaba.

L. Gaumont

Era ello que cada vez que abría la ventana del taller, la de enfrente se cerraba misteriosamente. Este hecho se repetía infaliblemente, sin fallar ni una sola vez.

Como sus amigos mostraran alguna incredulidad T. L. Maco se dirigió a la ventana y la abrió rápidamente. Hacer esto y cerrarse la de enfrente, como por arte de birlibiloque, fué todo uno.

Comentaban todos tan extraño suceso cuando entró la portera con una carta para T. L. Maco. Era de su buena madre y decía:

Mi querido hijo: Nuestro antiguo amigo Walk Over acaba de llegar de América después de doce años de ausencia, con su hija Inesilla. Ya sabes que el último deseo de tu padre (q. e. p. d.) fué que te casaras con tu amiguita de la niñez.

Ven a almorzar con nosotros el domingo. Te esperamos.

A lo cual respondió el joven pintor a renglón seguido, sin vacilar.

Mamá querida: Sabes que elevo el celibato a la dignidad de un sacerdocio. A pesar de mi deseo de abrazarte, imposible Domingo.— Tu hijo, Tadeo.

* * *

La madre no se dió por vencida y fué a sorprender a su hijo en su taller, entre su modelo y sus lienzos. Todas sus súplicas resultaron vanas. Tadeo se mantuvo firme en sus propósitos solteriles. Casarse con una muñequilla que no comprendería nada de su arte! ¡Quite Ud, allá!

La mamá se fué como rendida a los argumentos que su hijo le aduciera en apoyo de su decisión, más con una sonrisa en la comisura de los labios que nada bueno presagiaba.

* * *

El vecino de Tadeo era un químico absorbido en sus estudios y experimentos. Molestábale en exceso las expansiones de alegría de sus ruidosos vecinos y por dicha razón cada vez que éstos abrían la ventana se apresuraba él a cerrar la suya, exasperado.

Este descubrimiento lo hicieron un día los pintores, a quienes la misteriosa conducta del vecino había excitado la curiosidad, hasta un grado superlativo, rascando el cristal empapelado de la ventana y sorprendiendo de este modo, sin abrir la ventana, los singulares manejos del sabio.

* * *

Una mañana al abrir Tadeo su ventana quedó agradablemente sorprendido al ver asomada en la de enfrente a una exquisita muchacha, de divinas facciones.

Esta visión hizo en él el efecto de un rayo, un rayo que en su cora-

L. Gaumont

zón encendió inextinguible llama. La linda vecinita se mostró, aquel día y los sucesivos, muy poco arisca a sus palabras y pronto nació entre ellos una dulce intimidad que no rebasó nunca los límites de ventana a ventana.

El pintor hizo su retrato de este modo, y a pesar de la distancia



...y trasladó de este modo el cuadro a donde estaba su original,

como guiaba el amor su pincel, reprodujo sus facciones de un modo fiel e irreprochable.

Concluido el retrato y como su linda vecina sintiera deseos de verlo de cerca, tendió el pintor una cuerda entre las dos ventanas, y trasladó de este modo el cuadro a donde estaba su original.

* * *

Una mañana T. L. Maco recibió de su madre la carta siguiente:

Ven a almorzar mañana a casa. Nada de casamiento en pueria. Cuento, pues, contigo. Te abraza tu madre.—María.

Contento de que su madre hubiera depuesto su actitud casamentera, corrió el joven pintor a la cita. Cual no fué, pues, su sorpresa al ver, al

L. Gaumont

entrar en su casa en un caballete el retrato que el día anterior regalara a su linda vecina. Y su sorpresa llegó a su grado último al aparcérsele, en celeste visión, el original.

La madre, riente, explicó su estratagema.



al ver en un caballete el retrato que el día anterior regalara a su linda vecina.

Habia alquilado al sabio su cuarto y había instalado en él a Inesita, dejando al revoltoso Cupido que hiciera lo restante. La flecha abrasada del divino arquero hizo blanco doble, y los dos muchachos sólo esperan a que el cura les eche la bendición para comenzar, unidos, una nueva vida de amor y de felicidad.

